

E.P.S. TAJUMULCO

AJMAQ

I

La cantina de Juan Ajpop era la más abarrotada del pueblo, el hecho de mencionar ese nombre a un pueblerino te volteaba a ver sonriendo, porque el solo nombre los hacía sentir el gusto del agua ardiente, en esa tienda se vendían también golosinas, chicles y dulces para niños, pero para los que se dedicaban empedernidos a la bebida solo era un adorno colorido en el local.

Había otras tiendas donde se vendían licores pero por arte de magia no podían competir cuando de forma y de gustos se trataba, todos los borrachos querían ir con Juan Ajpop.

Había una leyenda conspirativa que rondaba por las calles del pueblo, diciendo que él regaba arroz en el interior de la cantina para atraer clientes y como su apellido era de origen foráneo uno que otro, en bajito murmuraba que era un brujo.

Ser brujo o extraño en este tiempo tenían una connotación desfavorable, casi era un delito de muerte, si el desdichado no era capaz de justificar de lo que se le acusaba.

Pero en esto él salía ganando porque para ser brujo tenía que ir a lugares remotos para hacer sus oraciones, ¿No se subía a las montañas a dejar flores y hacer oraciones mayas? lo maya ahora era poco estimado, debías ladinizarte.

Pero en contra de Juan Ajpop no funcionaba ninguna conspiración, el hecho de no haber nacido aquí no lo hacía un desconocido, porque vivía aquí desde tiempo de los

abuelos, aunque los pueblerinos alegaran que su apellido significaba que nació en un petate en algún lado, que era apellido quichelense, eso no era argumento.

Y de brujo esa era la coartada, que por eso se vino a vivir a este pueblo lejano para practicarla, pero él estaba en la tienda de ocho a ocho y caminar fuera del pueblo en la noche era un delito, o sea que si el saliera en las noches por alguna ceremonia, hace tiempo lo hubieran desaparecido así que solo eran conjeturas cristianas para meter un poco de miedo a quienes consumían en su tienda.

Un cajón de madera en forma de tablones era el mostrador a manera de barra en la vieja cantina, tenía parches de colores mostrando que alguna vez estuvo pintado de celeste o de aqua, al fondo ajustada a la pared se encontraba una radio grabadora con un casete entonando canciones de Las Palomas o no sé qué dúo mexicano de mujeres cantantes.

En una mesa cerca de la puerta tres hombres con rostros enfadados tiraban las cartas de la baraja, concentrados para no perder la jugada, mientras un rueda de hombres observaba el espectáculo y hablaba en bajito. En la mesa del rincón un señor ya muy borracho escupía babeado, a la penumbra que formaba al fondo del local la luz opaca de una bombilla roja que permanecía encendida todo el día.

El más joven del rueda de forma disimulada seguía las acciones del borracho del fondo, el fulano tenía mojados los pantalones mientras él probaba por primera vez el alcohol ¿Llegaría a ese extremo algún día? u ¿hoy mismo más tarde? mientras pensaba en esto, el orillado bebía el líquido sin tocar con sus labios el gollete de la pequeña botella de un octavo.

Los otros que tomaban con los brazos sobre el mostrador perseguían conversaciones que iniciaban en la algazara del mercado en la calle, luego intercambiaban opiniones acerca, para llegar a un punto de convergencia, jugando de eruditos comentaristas filosofaban y chocheaban cada tema que desmenuzaban.

Ahora razonaban acerca de la decisión gubernamental del “hermano” del MAS, que les iba a enviar un doctor para el pueblo y eso lo había dicho antes Cirilo Mejía persona seria al parecer porque era un comisionado militar, según se le tenía consideración por su rango de poder, las noticias que dijeran los comisionados siempre eran ciertas y este era de los más poderosos porque estuvo en la guerrilla y en la G-2.

Y como los borrachos unos más que otros no podían comprender la realidad de esta noticia lo presionaban para que se los dijera detalladamente como fue que él lo supo.

_ Bueno, ya que insisten_ dijo_ pues fue así: El comandante de la zona 18 me dijo:

_ ¿Se están preparando en Tajumulco para recibir más desconocidos?- Ustedes ya pueden imaginarse que pensé yo inmediatamente en responderle.

_ ¡A nosotros no nos interesan los desconocidos!

_ Ah pues prepárense pues todo este invierno tendrán un doctor. Según me comunicó nuestro Ministro, el de Salud se le había acercado para los trámites respectivos para que tengamos conocimiento y con el consentimiento nuestro, pueda instalarse un doctor allí.

_ Debe ser broma -le dije- allí hemos vivido sin doctor toda nuestra vida y no creo que sea necesario uno, nosotros sabemos apañárnosla muy bien solos, además ¿Qué

puede arreglar un doctor allí, en un pueblo bastante ordenado? el Promotor inyecta a los niños y les da gotas en la boca a los bebés y todos sanos ¿Qué más necesitamos? _

Esto le decía yo porque sé la antipatía que le tienen los comandantes a los doctores, ustedes saben que Chaia es un doctor y ¡miren donde está! no puedo yo emocionarme con un doctorcito que viene y fácil se lo puede ganar este Chaia y nos mete en problemas con la comandancia.

Pero él me dijo:

_Pues no me importa la vida que allí tengan ¡mugre! si allí están bien o están mal partida de guerrilleros eso es algo que a mi poco me interesa, lo que le estoy diciendo es caso aprobado, allí les va a llegar un doctor y ustedes solo tienen que estar vivos con los ojos bien abiertos.

Eso es lo que yo sé nada más, pero seguro es cierto no creo que el comandante me esté dando pajas.

_ ¡Eeeeeh llegó el doctor! gritó el grupo que seguía el juego de las cartas y con el oído capeaban la historia del mostrador.

En el pueblo no había muchos servicios que digamos y los comunitarios le ponían nombre sobrevalorado a todos los trabajadores igual le decían doctor a éste como ingeniero al vendedor de arbolitos y que cuidaba las propiedades municipales y pastor al que predicaba. Eran puestos de mera burocracia que tomaban los que tenían cierta influencia caciquesca y que después que le daban el trabajo se especializaban en el oficio.

Quien acababa de entrar era un hombre con poco alcohol en la sangre, era el promotor de salud que tenía a cargo el Centro de Salud Pública, su mayor logro según él era que su área de trabajo ya no era un simple Puesto de Salud como le habían colgado antes con las letras de cemento, ahora había subido de categoría y eso le enorgullecía repitiéndolo hasta por los codos.

Aunque el promotor no sabía más que inyectar y detener una hemorragia o salvar a un ahogado, dar respiración boca a boca y como todos los varones del pueblo, tomar agua ardiente artesanal.

Le hicieron confirmar la certeza de si venía ese tal doctor. Este que no le emocionaba mucho el asunto dijo que solo sería un tiempo y que ya era cuestión de ahora mismo, que mañana ya estaría en el Centro de Salud y que del mismo Hospital Regional de San Marcos le pidieron que lo hiciera posar en su casa como un familiar adoptivo.

_ Imagínense ¿Que tramites utilizara Dios para asignarnos una familia?- La inconformidad reinó en todos y el grupo se hizo uno solo, el único al que no le ponían atención era al de la mesa del fondo quien quería decir algo pero ya solo era un balbuceo entre babas por lo alcoholizado que estaba.

Unos daban su opinión por decir algo, pero otros más enojados casi gritaban; que allí nadie había aguantado a permanecer, ni los militares que tenían bastante que hacer allí, no permanecían más de una semana en sus calles, menos un desconocido ciudadano que nosotros no pedimos que viniera.

_ A la chingada con ese doctor, a la primera va a desaparecer o nos tocará hacerle la vida imposible para que no se mantenga aquí, el gobierno está mal enviando más problemas de los que ya tenemos.-

II

Las gotas caían como torrenciales sobre los cristales transparentes de las ventanillas que parecían ceder, cayéndose de sus engranajes sonando espantoso al caer grada por grada, abriendo espacio para que el agua muy fría del cielo se hiciera sentir volando en el interior del disforme armatoste clonado que aquí era el autobús.

El copiloto con unas improvisadas varas hacía sostener la parte superior de las ventanillas para que el agua que salía de allí mismo entre esa nube tan cercana no siguiera rociándoles la cara a sus pasajeros.

Después que estaban todas las ventanillas cerradas y se sentía un leve confort al ver la lluvia como algo distante, entre la oscuridad de la nube y este trasto viejo en que viajaban todos apretujados, hacía un giro brusco por una curva cerrada de la carretera, suficiente para que los intestinos suspiraran.

Y donde podía verse un paisaje, había una pendiente vertical que hacía que los que viajaban del lado del bus que daba a la pendiente voltearan el rostro al otro extremo y las ventanillas del otro lado parecían estar por encima de ellos y con la vista querían huir de ese lado riesgoso al otro y veían interminable el camino en el espanto que arrancaba suspiros como los de las madres angustiadas; ¡Dios! ¡Jesús! Aunque no

fueran devotos como ellas, sabían que eso se tiene que decir o se escapa del corazón para expulsar el temor que se atosigaba en el pecho.

Cuando el bus bajo al pequeño pueblo, el torrencial había menguado y ya había oscurecido totalmente, las lámparas de la luz pública apenas alumbraban unos dos metros alrededor de los postes en que estaban colgadas, el bus se estacionaba frente al parque que estaba adornado con árboles grandes de jacaranda, pero bajo ellos no se podía guarecer porque las gotas traspasaban muy fácil su rala fronda.

Ser desconocido también ayuda, al doctor recién llegado se le acercó un hombre con un paraguas negro y pequeño de esos plegables que se doblan en dos.

_ ¿Ud. Es el doctor?- Preguntó. Seguro que en la cabeza del enjuto practicante de galeno revolotearon un montón de ideas de modestia como langostas asesinas que querían dar un discurso de explicación a este intruso pero el espanto del torrencial le desembocó a un sencillo y simple.

_ ¡Si yo soy!-

Fueron por unas callejas en que ya se había lavado toda la tierra posible y vendría a acumularse más aunque en menor cantidad, hasta que no terminara de correr el agua.

Caminar en esas calles de piedra dispareja en un pueblo sombrío le hizo ponerse a adivinar en cuál de las casas iban a entrar. Al fin una que no estaba tan mal era donde vivían el promotor de salud Diacono Procopio Yoc y su esposa Josefina Chilel y tres hijos huraños.

Era de adobes con repello de cal y techo de lámina, una puerta pequeña por la que entraron y el doctor se chocó con el frío piso de la torta de cemento del interior, nada de baldosas, nada de los azulejos citadinos aquí lo más fino era el cementado.

El anfitrión se habían esmerado en prepararle a quien venía a suplantarle el título y la administración del Centro de Salud, una habitación individual en que se sintiera cómodo, tenía una cama y una mesita de noche que habían dejado adrede allí. Las paredes del interior estaban forradas con algunas páginas de periódico y unas carpetas de nylon con figuras de motivos distintos cubrían las tablas disparejas de un tapanco vetusto, donde vivirían las ratas.

La cama tenía unas sábanas recién lavadas y un forro de unas cinco cobijas para amortiguar el frío que se colara por alguna rendija a esta habitación que parecía un panteón, todo cerrado.

Una habitación más grande tenía una pared de tablas como separación recién hecha, evidentemente en vísperas de la llegada del nuevo inquilino y más allá ya menos formal, otra habitación que servía de cocina y comedor a la vez.

Allí le sirvieron la cena, fue un huevo con chirmol de tomates y aceite, que iba a ser el primero de una comida tradicional por todo el tiempo que estaría refugiado en este pozo que sacaba lo séptico del estómago. Cenó a la luz opaca de un foco rojizo que parecía distante y ponía más frío el ambiente de bienvenida a una casa extraña.

El quería ser amable con los niños lanzándoles sonrientes miradas pero ellos se veían entre sí con miradas misteriosas como si estuvieran espantados teniendo ante sí, un ogro salido del volcán.

Tuvo que dormir más de la cuenta, aquí se acostaba más temprano y se levantaba más tarde, la pared de división de la casa no tenía mucho poder con ese tapanco deforme porque alguna vez escucharía una sesión de sexo en algún horario. Él pensaba que hacía un aporte a la sociedad, el haber venido a ocupar la habitación porque de seguro se hicieron más esporádicos estos encuentros de procreación, presionados por tener más cerca el dormitorio de los niños, que utilizaban el apartado contiguo a ellos.

El despertar del primer día no fue muy cómodo sentía un dolor ciático y en el riñón izquierdo, quizá era el colchón nuevo hecho de paja de trigo, que había lastimado con su deforme estructura, en que parecía que durmiera con los pies en alto y con un peso grande de chamarras.

Solo ahora se daba cuenta que tenía una ventana la cual abrió para que entrara más claridad en la habitación mientras hacía la cama y colocaba sus cosas en la mesita de noche.

Entusiasmado porque sería el primero de muchos días al mando de un Centro de Salud Pública, salió al frente de la casa en que había un jardín, y en la esquina opuesta florecía una casuarina con las flores de una buganvilia que la enrollaba, alrededor del jardín estaba una cerca de madera desvencijada y al levantar la vista al frente para ver por dónde estaba el sol, una línea horizontal cruzaba la montaña con una sombra muy alta que descendía despacio conforme el sol se levantaba.

Por la izquierda la vista podía volar más lejos entonces caminó un poco hacia el tope del jardín para ver hacia el sol y al volver su vista chocó de frente con esa mole de

tierra intimidante que estaba al éste confundiéndose de ver un fenómeno y sentirse un fenómeno a la vez sin saber cómo asimilarlo.

Con esa sensación de confusión y desorientación en este nuevo destino regresó a la cocina porque ya le habían llamado para el desayuno.

Después se fueron al centro de salud, este era el inicio de un largo recorrido de esos meses de estadía que le haría actuar a expensas de lo que Copo –así le decían en el pueblo al promotor jefe de familia- le estaría indicando como un *couch* de vida en el interior.

Ahora se daba cuenta que el minúsculo pueblecito parecía estar metido en una grieta y solo podía ver algo de libertad hacia arriba, le daba la sensación de estar sentado en el fondo de un pozo viendo solo un poco de luz a través del agujero. Había escalado el volcán de Agua varias veces pero nunca imaginó como era vivir en lo más profundo de las faldas de un volcán. Punto al que si no llegas no sabes cómo se obtiene un poco de luz del sol para calentarse, él hacía todo lo posible por no pensar mucho en este sentimiento de ansiedad que le acosaba por no estar adaptado a este entorno.

Pero al llegar al centro de Salud la incomodidad volvía a atacar con más severidad había una larga fila de personas unas con miradas menesterosas y otras con cuchicheos y risas pícaras le hacían sentir una mala vibra.

Los saludó en general y se precipitó al interior para verificar los medicamentos antes de abrir las consultas: medicamento para la anemia, no hay, no hay medicamento para la infección, no hay medicamento para las amebas y la fila de ciudadanos viendo a través de la ventana parecían envidiar que el doctor esté sano, que esté limpio y él no puede

regalarles esa vitalidad propia y que se lleve el sin número de enfermedades que ellos traen en andas.

En su desesperación quisiera tener poderes supra sensoriales para saber cuál es el origen real de todas las enfermedades y que solo con pasar las manos dejarlos curados porque el Ministerio no proporciona la medicina.

Entonces se sienta se relaja y piensa positivo para sí; uno ayuda cuando puede, cuando no se puede aunque a uno le duela el corazón, bueno el corazón nunca duele o al menos eso no le pasaba. Y después de poner los pies en la tierra hace desfilar a todos buscando sus males solo con el estetoscopio y una lámpara, les revisa la presión, la respiración y concluye fácil que medicamento han de tomar, si pueden comprar algunas pastillitas en la tienda. Para detectarles la enfermedad no se requiere de mucha ciencia, casi todos tienen la enfermedad a flor de piel y cualquier curandero de ojo clínico podría medicarlos.

Se le llenaba la cabeza de tantas teorías de las enfermedades que había leído alguna vez. 'Que un hombre nacía enfermo o se convertía en tal por puro pesimismo'.

Queriendo poner en práctica los conceptos de una medicina artesanal, no podía refutarles por qué no se bañan, por qué no son limpios, por qué no planifican, porque una desgracia nos lleva a la otra, la única bienaventuranza que les queda es su felicidad de niños, sus aventuras de hombres y el respirar aire oxigenado y limpio.

Pero ellos envidian el ambiente lleno de *smog* de la ciudad y los fétidos olores de la Verbena, donde él doctor fue aprendiendo a comprender a los que sobreviven con nada.

Eso de que uno quiera imponerse las enfermedades de los otros, o que ellos le están refiriendo las enfermedades pareciera tener un efecto real, al rato el doctor se hace los exámenes y ya tiene las enfermedades y todo parece que fuera por suerte y dicen que la suerte no existe, pero la mala suerte sí que está allí a la orden del día.

III

Una mañana de cielo despejado sol radiante y clima suave, la frescura se mete en la cabeza y no hay recuerdos –los recuerdos siempre te matan- que revoloteen en tu cerebro relajado y tranquilo, había que organizar jornadas de vacunación en las aldeas al filo de la montaña para agregar actividades al documento que registrará este ejercicio de practicante.

Subir a las aldeas era toda una odisea, salían de madrugada y en tanto iban subiendo siempre había otro lugar más alto que ver, aunque llegaran al mismo confín del municipio, no podían tener un panorama completo más que el de las montañas bajas esforzándose por ubicar donde quedaba el pueblo.

En un respiro que les daban a los caballos que jineteaban, observaban con los ojos entrecerrados los finos hilos de los rayos del sol mientras abajo el pueblo aún estaba en medio de una bruma que lo cobijaba entre la sombra.

A donde llegaban siempre había una cierta algarabía, porque entre todas esas rendijas de las montañas verticales y peñas, salía gente que tenía un niño chiquito al que vacunar.

Salir de la rutina le propiciaba dejar por buen tiempo la mente en blanco dándole un aliciente con nuevas amistades no eternas pero si llevaderas que lo sacaba de sus arranques juveniles de perfeccionismo de querer cambiar el mundo y cuya maquinación ahogaba el sistema nervioso del practicante, sacándolo de quicio.

Así que debía a cada rato buscar nuevas actividades para ir eliminando su depresión de soledad, Procopio como acólito o guía le iba dando nuevos *tips* para ganarse la confianza de la gente, ahora iba a ver enfermos a domicilio pero esto también tenía sus contrariedades.

Cierta vez fueron a la casa de un anciano que estaba allí en el filo de un estrecho barranco por el que pasaba uno de los arroyos sin nombre que iba a dar al rio Negro, ¿Que puede decirse o describirse de un hombre que está enfermo? que no decía nada, que no podía ir a ninguna parte.

Lo rodeaba sus familiares porque a esta edad y en esta condición ya no se tiene amigos y no pedía nada. Un curandero contrariado estaba sentado en una esquina con un pañuelo rojo amarrado en su cabeza dedicándose a sus cosas y oraciones. El doctor se sintió intimidado por el cuadro que formaban allí esas personas en ese cuarto, hasta el mismo enfermo se le quedaban viendo ya sin habla por la debilidad de la enfermedad, pero en sus pupilas podía leerse que lo quería expulsar que no deseaba que lo curara.

El doctor preguntó si podía intervenir y los familiares dijeron que si con indiferencia, solo el curandero con unas ramas de chilca en la mano quería oponerse, pero el doctor con la aprobación, empezó a tocarle. Entonces el enfermo parecía balbucear rezando una

plegaría a un dios extraño, que estaba dispuesto a irse a su paraíso aunque ese fuera el mismo infierno antes que reaccionar bien a los medicamentos que le daba este charlatán que parecía ignorar el poder de los zacates.

Con todo y la suerte en contra, empezó a buscar un refugio en una cantina en la orilla del pueblo para que nadie se diera cuenta que quería apapacharse el solo, pero da la casualidad que la cantina era del curandero, que lo miraba con malos ojos, y le atendía de muy mala gana, sin verle, le servía los tres tragos que se tomaba, solo para hacerlo sentir mal con un numero sacro.

El desairado porque no le atendía ni uno, ni otro, ni el tercero que parecía que fueran las personas importantes tanto como él en este pueblo y parecía que le iban a recibir en casa con emoción, tenía que acercarse al curandero que le odia, que adora a la santa muerte con esa imagen que da temor y esta puesta su figura camuflajeada de reliquia maya, allí en los estantes vacíos que terminan llenándose con envases semivacíos de unas cervezas extrañas, con el producto vencido quizá o por algunas pociones también disimuladas.

Parecía sentirse atraído por esta extraña relación, sube a donde un enfermo compite con el curandero o con el pastor de la iglesia o con el cura que tira agua bendita, tres religiones que si caminaran al unísono lo dejaran sin opción de trabajar allí, pero viene él y la gente lo considera uno más en esta competencia y ahora en esta cantinita el vendedor lo respeta cobra y el sale como vino, solo, sin intercambiar palabras ni publicar entre la población su baja autoestima.

Alcoholizado se iba caminando por la calle en donde los arboles opacaban aún más la luz de los faroles públicos. Pensando que no puede su madre pensar en él en ese momento preciso, viendo su cuerpo caminar arrastrando los pies perdido en medio de la noche en este pueblo remoto.

Mientras todos dormían él cavilaba, ¿Quién se inventó al humano? El humano se inventó al Ciborg, las cosas, los monstruos y las creencias pero quien se lo inventó a él y empieza a creer que el curandero le ha dado una poción porque ahora va pensando en otros planetas, con otros habitantes que no beben alcohol, que no necesitan un doctor, que rompen los arcanos sin ver el tiempo, que no tienen lugares de peregrinaje como nosotros, que no tienen panteones, nosotros los tenemos hasta de las máquinas.

Sospechó que tal vez el curandero lo había sugestionado o de verdad había estado engañado por mucho tiempo, que deseaba ir por el camino nuevo y fácil de transitar, pero que se había adaptado a esta sociedad que le gusta ir por el camino difícil, el más transitado y congestionado porque allí hay dinero y el dinero es el que mueve todo este mundo y todo lo que el hombre inventa. Lo que inventa Dios el dueño de este planeta eso no vale mucho dinero y por eso la gente cree en ellos porque no vale nada curarse con un curandero, un cura o un pastor.

Ir a su casa en la capital era el refrigerio de aquel martirio que lo había expuesto en ascuas de inconformidad conociendo de primera mano la multiculturalidad de un solo pueblo, y no era una casualidad que fuera solo aquí donde funcionara así, había más de trescientos pueblos igual a este, pero vino a caer aquí y cada vez que debía de volver ya no quería, se sentía sin fuerzas para tomar el camino de regreso.

Se volvió más especulativo, en el viaje del autobús quería ser educado y profesional cediendo su lugar pero la voracidad empresarial lo dejaba sin opción, el bus siempre iba sobrecargado y donde iban los últimos era el lugar más pequeño y abarrotado, era una representación de los ámbitos de toda la vida en este país donde nosotros que llegamos demasiado tarde debemos esforzarnos para viajar de pie en transportes abarrotados.

Creía que lo habían enviado al último lugar del país donde todos están sufriendo pero una cosa es un discurso de directivo estudiantil y otra muy distinta es llegar a la realidad, donde era el momento en que se daba cuenta que no se puede hacer nada por ellos; te mira un hombre con su niño en los brazos, te mira una mujer embarazada, ambos parecieran exigirte que hagas algo por ellos y eso es continuo, nunca quedan satisfechos.

Su cerebro siempre tuvo fraguada la conspiración que lo seguiría todas las noches, en esa misma habitación prestada, en esa casa pequeña, cuando lo abandonaba el sueño y maquinaba que eso buscó exactamente su instructor del Ejercicio Profesional Supervisado. Que cayera en un hoyo, pero si apenas fue secretario de la asociación de estudiantes de la facultad y lo había exhibido un par de ocasiones, ¿Daría un discurso muy izquierdista y sería su instructor un infiltrado? o ¿sería el Decano?

_ Y ¿Qué finge ahora? ¿Qué me retracte? ¿Que tenga relación con la gente que creo defender? ¿Quiere que mire cómo viven los de abajo o que me amargue y desista truncando mi carrera y nunca termine siendo un doctor? ¡Nunca! bueno por lo menos ya aprendí el arte me esforzaré en él y trataré de hacer bien lo que hago para que la gente se sienta feliz recibiendo mis beneficios.-

Y ahora lo enviaban a hacer un proyecto grande para rescatar un pueblo en seis meses, se sentía equivocado desde el primer día y rememoraba crítico sus exigencias de protesta, de sarcasmo, sorna y mofa porque ahora se podrían mofar fácilmente de este proyecto de nuevo profesional que parecía nacer como abortivo.

¿Que porque dio el discurso aquel, el decano o el rector la tomó contra él y solo no quiere que llegue a ser un doctor más? y se lo contó a su familia y la familia le respaldaba, entonces todos lo toman contra ellos porque está en un lugar muy lejos y su madre se muere de desesperación, allá tiene todo un ejército contra el decano y el rector, pero ahora aquí encerrado en ese cuarto con una cama grande en la que se tumba a buscar todos los caminos de la conspiración, ni televisión tiene que le distraiga.

Apenas había una televisión en todo el pueblo, en ella vio solo un partido de futbol de la anfitriona Italia contra Irlanda y luego un par de documentales porque Copo lo llevó a casa del profesor que tiene la tele, porque Copo no tiene una, solo un radio para oír noticias y a veces se cuela una transmisión misteriosa, Copo viene corriendo y apaga el radio.

IV

Vivir sin una vida social es como no vivir, te empiezas a orillar a la soledad y a la amargura y empiezas a desfallecer ahora a los 20 como si ya tuviera noventa y empiezas a buscar toda especie de conspiración en contra tuya.

En esa cantina discreta se encontró por coincidencia de discreción al profesor Gedwer Baldomero Ochoa y por medio de él conoció a la profesora Isabela González a quienes

empezó a frecuentar para matar los ratos libres. Pensó que ellos eran los más estudiados allí, además que tampoco eran oriundos del lugar, ella era de San José Ojetenam y él de San José El Rodeo, así empezó a encontrarle un sentido más a su soledad allende lo remoto.

El empezar a tener comunicación con otra gente que se movía allí le fue restando la importancia que creía tener y empezó a volverse más mundano, teniendo momentos de esparcimiento con la maestra a solas o era acompañado por el profesor a tomarse unos tragos.

La música también se volvía un consuelo con una guitarra vieja y el maestro que se sabía un par de canciones y parecía buen cantante de baladas extranjeras, cantaba 'Quise motivar tu vida, quise motivar tu vientre', 'Sospecho que no tienes prisa' o 'De amor ya no se muere' mientras ellos con su voz de gallina coreaban los estribillos. Lejos quedaba la ciudad con su música de trajes negros y estilos punk que no sabía que protestaban o que querían ralentizar, se conformaba con este mundillo, en esta burbuja a punto de explotar con sus manchas de arcoíris y sus grises incendiarios que se veían al horizonte sesgado, al único lugar que podía mirar.

La maestra era un extra, lo veía de repente como objeto de deseo y él a su vez la había hecho caminar muchas veces al lado del riachuelo una tarde, entre los arrayanes otra, tratando de desembocar en algún lado. Alguna vez se le había insinuado dejado llevarse por sus impulsos reprimidos pero ella se resistió, él no quería ser tomado como un rufián, pero el cuerpo rollizo y natural de la maestra le dejaba poco espacio entre la excitación y la paciencia, hasta que terminó en el mismo centro educativo donde ella tenía una vivienda para pasar las noches de la semana.

Y aquí donde no podía ser visto, sentía ser un salmón que no necesita de nadie para superar una gran cascada y estar botado sin aliento, en ese charco de sudor, que era antes de la caída portentosa ese hilo de agua que pasaba bajo su cuerpo desnudo hacia el infinito, dejándole sobre la esponjosa estructura de los berros en que sus formas se enredaban en las orillas de su fuente.

Veía dormir el cuerpo inerte que parecía satisfecho y por allá adentro, sentía la discriminación racial, pero lo rollizo y cara fuerte de ella le dejaba igual de satisfecho podía quedarse viendo un buen rato y no sabía cuánto tiempo duraría este amor de conveniencia, o imaginando en qué pensaría ella.

¿Pensaría algo eterno con él? pero por su edad un poco mayor, ella sabía lo que hacía, por eso se quedaba tan confiada durmiendo a su lado, mientras el observaba su cuerpo entero y se explicaba detalles de tantas cosas semejantes a las propias y pensaba que así era el amor, pura coincidencia entre uno y otra y no lo que nos enseñan en la casa de mantener la sangre pura de tu familia, buscando mejorar nuestra raza, como si fuéramos frisonos de exhibición o gallos de pelea.

Un leve ronquido le hacía cerrar los ojos para que ella no se despertara y abriera sus ojos chocándose de frente con sus cavilaciones.

Tenía una nariz recta sin ser escultural y un fleco recortado sobre la frente, ahora parecía áspero por la humedad del sudor. Su sexo se escondía bien entre sus bajas sábanas y no podía ver más allá de la imaginación y se felicitaba porque no estaba del todo mal era una coincidencia agradable o ¿no existen las coincidencias?

El hecho de apoyarse en ese par de almas aunque no fueran del pueblo, parecía que le había cambiado las circunstancias adversas, ahora la gente del pueblo era amistosa y querían que el nuevo doctor les revisara sus enfermedades, les quitara la camisa, les pasara el estetoscopio poniéndolos a respirar y les alumbraba la garganta, las orejas y la nariz eso los hacía sentir atendidos como reyes.

Y el profesor fue más lejos organizó una excursión de fin de semana a las cascadas de la Igualdad, solo Anderson el hijo de Procopio se apuntó a parte de los dos extranjeros, -así los llamaba la gente en el pueblo-.

De madrugada caminaron a las cascadas, él estaba en cero de estos lugares, solo quería conocer un lugar mágico y remoto, al final fue una travesía agrí dulce, porque apenas divisaron la corriente de agua cuando cayeron en una emboscada, el profesor todavía le gritó que no corriera pero él no supo que hacer cuando de repente se levantaron esos hombres de uniformes verdes con la cara rayada de negro y esa carrera fue el motivo para pasar la noche en el destacamento de la Finca El Porvenir, le preguntaron todas las cosas que se les ocurría y que él no sabía que existían.

Baldomero los convenció de que fuera el adolescente hijo de Procopio al pueblo para que viniera alguien de confianza de ellos a rescatarlos, porque el doctor estaba desvanecido de la pena –pero si es un doctor el comandante de los que están atrincherados en ese cerro – le decían pero él no sabía nada de eso ni enterado estaba.

Les dieron de esa comida de ellos unos frijoles mal cocinados con un arroz un tanto peor, pero se la comió toda para evitarse el acoso, sin embargo el resultado fue peor, porque lo acusaban que era un hambriento de la montaña.

El otro día cuando bajó Procopio y tres comisionados militares a rescatarlos se le olvidaron todos los golpes que había recibido y caminaba el primero de todos retornando al pueblo.

No había imaginado que hubiera regiones salvajes en el país y ahora que se sentía como resucitado, apreciaba como familiares a estos indígenas a quienes los reprendieron de más, por no estar al tanto de los movimientos del doctor en el municipio, todos dieron fe de él y luego le pidieron que ya no saliera a las aldeas a caminar porque podía ser peligroso si le detenían una segunda vez.

Aunque Procopio si era como un ministro de salud en el pueblo, porque tenía la autoridad hasta de vender la escasa medicina que el gobierno proporcionaba para este centro de salud remoto.

Este no le echó en cara nada, hasta hacía bromas del episodio diciéndole que cuando fuera anciano lo contaría como una anécdota de mal gusto a sus nietos allá en la capital.

Los militares hicieron patente su desprecio a la universidad a la que pertenecía y le dijeron que era primera y última vez que le perdonaban la vida.

Parecía el retorno de la mala suerte, y en su próximo viaje a la capital, le dio tiempo para pensar esas ocho horas acerca del asunto, para organizar como solventar sus actividades que tendría que hacer en los siguientes meses que le quedaban para concluir su Ejercicio Profesional Supervisado.

La impotencia de lo vivido le anegaba el pensamiento hasta conspirar contra el cielo mismo.

—¿Entonces el cielo está lleno de generales, gánster y militares y políticos y de puros enemigos y el infierno lleno de pobres indígenas y guerrilleros y padres católicos? puede ser que te confunda toda esa doctrina de la religión porque es difícil de raciocinar con mente humana que la cosa política no es interesante, porque los políticos solo hacen carreteras y se agarran el dinero y luego van al cielo, pero no se preocupan por las cosas más necesarias de la población.

Para eso somos capitalistas cada quien tiene que ganar su sustento y si no puede hacerlo, que se muera con todo y su gran familia que se le ocurrió procrear, porque no tuvo la sensatez de planificar sino se puso a engendrar como cuyo y eso es pecado, traer al mundo mucha gente sin poder mantenerla – y ¿dónde queda el versículo de multiplicaos y llenad la tierra?-

Cada quien es dueño de su albedrío pero estas cuestiones de planificación no llegan hasta aquí en este espacio frío y remoto que todos se esfuerzan por recuperar pero hay poderes saurios y hasta espirituales que se oponen.

V

En los últimos viajes que hizo al filo de la sierra en esas visitas a domicilio de los enfermos siempre se hizo acompañar por Procopio para evitarse sorpresas. Esta vez llegaron de mañana con un cernidillo que más parecían hilos de nieve que se desprendían como churros de las nubes enfriando todo el ambiente, la casa era de techos bajos y puertas pequeñas todo aquí se aprovechaba para aguardar calor; los techos de paja, las paredes de adobes y los tapancos de madera y una que otra lámina

de zinc que no era muy popular porque convertía en agua el hielo que le cayera en la parte superior.

Ingresaron a la cocina directamente para guarecerse de la fría llovizna que empezaba a intensificarse y parecía traspasar las chumpas impermeables, él llevaba una amarilla y el promotor una azul, ya no quería saber nada de colores oscuros o pálidos quería demostrar que caminaba de legal en cualquier camino.

No obstante la rutina le tenía reservada otra sorpresa, tres hombres de traje verde olivo comían sentados en unos bancos de madera y un fusil sobre los muslos a manera de mesa, se quedaron viendo como se ve a un intruso repentino que rompía su círculo de seguridad sin pedir permiso, él hubiera querido salir de regreso pero se quedó petrificado sin saber que hacer o que decir allí parado a media cocina, solo le dirigieron miradas porque era el único extraño del grupo pero evidentemente ya sabían quién era.

El promotor saludó a los vecinos que sin inmutarse miraban averiguando la reacción del Doctor ante los desconocidos, solo la respuesta de un parco –buen día- fue suficiente conversación.

En un momento era ya otro comensal silencioso que tomaba un café extraño y ralo endulzado con rapadura y acompañado de un pan negro de trigo.

Tenía que ver a los que estaban allí o agacharse porque no había a donde dirigir la mirada. Cuando devolvió el pocillo plástico y agradecía la cortesía del pan, los extraños le desearon un buen provecho y éxito en su misión del día y que esperaban verle más seguido por allí porque había mucha necesidad.

No respondió a esa opinión pero ya no deseaba encontrárselos nunca más, eran así como unos nomos que se salen de la pantalla de una película en cuarta dimensión y no parecía estar muy informado de ellos pero que ya le habían pateado el trasero por tener ideas semejantes. Sabía que había venido a un pueblo de la sierra pero no creía que esa lucha fratricida era aún vigente y trataba de echar a perder su ejercicio semestral.

Solo tenía el recuerdo de hacía diez años, una bomba explotada en una gasolinera en la zona uno y un policía muerto en la zona 5, ambos, decían los titulares eran adjudicados a terroristas urbanos y que habían tenido alguna interferencia activa en una generación anterior de estudiantes, cuando el doctor de ahora apenas era un niño y no se había formado concepto de la menor forma de este movimiento que ahora diez años después aun sobrevivía en este territorio que parecía otro país, donde el quemaba su juventud en boga y la meta de su carrera.

Los conceptos sociales que tenía no eran en lo más mínimo parecidos a terminar secuestrado en una montaña fría, en medio de la nada por unos tíos famélicos y rudos, greñudos y sucios que cargaban armas desvencijadas pero poderosas que no sabría decir si con ellas conseguían sus comidas o se las proporcionaban de voluntad.

Sabía que al final aprobaría el curso porque el sacrificio también cuenta, pero ¿A qué informe le iría a dar más valor el maestro instructor si ni siquiera se mosquea por estos rumbos para que lo confirmara con sus propios ojos? ¿Será un Ejercicio Profesional Científico, eliminar a todos los perros callejeros utilizando una inyección letal? Los animales han expirado sin dolor, según los aplicantes, pero el dolor es lo que mata a todo ser vivo, pero en este régimen de orden y muerte sus ministerios son lo mismo y puede ser que ese, sea el mejor informe.

Creía que si el Ministerio de Salud consiguiera un aparato para detectar guerrilleros del futuro, luego se lo compartiría al de la defensa y nos lo enseñan de legal en la universidad y se vendría a vacunar a todos estos niños que por ahora son solo hipótesis de futuros insurrectos.

La nata de la educación colaborando con un régimen al que protestó inconformidades según ellos de beneficio a la sociedad, y en este campo ya no sabes quién tiene la razón y que el estudio es una mínima cosa que hace la diferencia de los que no estudian, porque al final somos una especie que no evoluciona en unos seis mil años.

Desde Adán hay revoluciones y guerras por los mínimos cambios y al final de cada conflagración estamos otra vez en el sin sentido humano y si estando preparado te consideras superior a los demás pobre de ti porque aquí nadie tiene la verdad, porque cada quien tiene su verdad, o la verdad completa no existe.

Esto fue una presión extra en el Ejercicio porque si se alargaba una ese, o no cuadraba una ere la gente ya no entiende y justifica sus miedos de que lo que el gobierno mandaba pertenecía al sistema y quería con diplomacia matarlos.

VI

La Madre se dispuso venir para enorgullecerse de él, fue recibida en el pueblo como toda una eminencia, las señoras estaban bien bañadas con cortes y delantales de mil paletones, bien limpios, olían a vaselina de cuatro rosas que tenían brillante en el pelo y unas toallas delgadas en el cuellos, unas aprovechaban para taparse la boca con ellas cuando se reían.

Hicieron una despedida a su conveniencia con un caldillo de carnero con hierbabuena y un sinfín de tamalitos sin más sabor que la masa de maíz. Hubo palabras del promotor de salud quien era el mediador de la actividad, entregaron un diploma sin valor por sus buenos oficios a la salud del pueblo y luego el llanto de las señoras mientras lo abrazaban y también abrazaban a la madre como si ella tuviera un mérito extra por parir a este doctor en formación, que no obstante la lejanía en medio de la nada ella se sentía toda una personalidad alentando su vanidad.

Luego se fueron a casa, el doctor tuvo que dormir en el suelo en un colchón que Procopio le consiguió como arte de magia, porque la madre ocupó la cama. Y a pesar que la señora no tenía buenas referencias del promotor y que lo había maldecido por sus malas practica sin conocerlo, ahora le regalaba dos cientos quetzalotes sobre valorados, por su acogida como familia sustituta a su hijo que ella tenía como genio y de corazón grande.

El otro día a las 3.30 de la mañana ya estaban todos levantados en la casa para despedirse, los niños huraños pedían al doctor que viniera a visitarlos en una próxima ocasión. Procopio los fue a dejar al bus ayudándoles con las maletas.

A las cuatro menos cinco el bus ya estaba encendido sonaba como diésel en la cabeza, tenía sillones con tapicería roja y estaba tan vacío que el piloto aprovechó para conversar con los pasajeros como si fueran viejos conocidos, queriendo saber si ahora el doctor se marchaba de una vez, la respuesta fue evidente.

La música mexicana sonaba a todo volumen mientras el autobús se retiraba rápidamente como una tromba entre las sombras de los pinos en que se entrelazaba la

opaca luz de un cuarto menguante que se quedaba en la memoria del profesional que había madurado varios años en seis meses. Y mientras se escuchaba en la radio “yo quisiera tener la dicha que tiene el gallo” ¿Qué es la dicha al final de cuentas? Cuando tu recorrido secular diario te inhibe de las exigencias que a diestra y siniestra la sociedad te pide, cosas, como que te adaptes, que sigas sus preceptos y que colabores a engrandecerla, pero no comprende siquiera como has ido tan lejos a devanarte en la adversidad para conseguir que la plenitud de la dicha siga siendo solo tuya.

Y en estas divagaciones no pudo ver por última vez el pueblo porque Tajumulco no es de esos pueblos en los valles que pueden verse mientras te vas alejando de ellos, este pueblo solo en un minuto desaparece a la primera vuelta quedando sumido en su agujero que se distingue únicamente por el resplandor de sus luces.